

inextinguible que brillará en eternas claridades; y la veo la corona de las vírgenes, la doctora de la fe y el origen de todas las bendiciones. Por María recibe la Trinidad una gloria infinita, y la cruz extiende sus conquistas al universo mundo, y en todo él es adorada. Por María los gentiles dejan los ídolos y reciben el bautismo, la Iglesia se llena de hijos, los pecadores se convierten, los tibios se enfervorizan, los santos se santifican mas, y una paz celestial reina por do quiera. Por María, en fin, los cielos se alegran, los ángeles se regocijan, el hombre destinado al infierno por su crimen es llamado á la gloria, y los demonios todos tiemblan pavorosos solo al oír María, porque Ella es la azucena entre las espinas. Y así como los hebreos en la nube que los acompañaba tenían la sombra que los cubria de los rayos del sol, la luz que los alumbraba durante la noche, y truenos y relámpagos y rayos para acabar con todos los enemigos; así María es para los cristianos la misteriosa nube que nos sigue por do quiera: y ademas cual mística sombra nos defiende del ardor de la justicia divina: como rayos sempiternos nos ayuda á derrocar todos los demonios, y como luz divina nos alumbrá.

Seamos, pues, devotos de María, y así como la cera se derrite con el fuego, de la misma manera el poder del demonio queda liquidado cuando trata de habérselas con María. Así queda sin fuerzas el infierno, solo al oír María; ea, ten ánimo: María es tu apoyo, y María es tu defensa, María es tu socorro y María es tu dulzura. Digamos, pues, siempre con amor y afecto: **¡María, María, María!**

CAPITULO X.

Á TÍ SUSPIRAMOS GIMIENDO Y LLORANDO EN ESTE VALLE
DE LÁGRIMAS.

48. *Explicacion de la Salve.*—*A Tí suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas:* como si dijera, nosotros desterrados hijos de Eva que te hemos invocado para que vieneses á nuestro socorro; nosotros somos los mismos que te pedimos la misma gracia, pero gimiendo y llorando las miserias de este destierro.

¿Ves, lector carísimo, las palabras que la Iglesia pone en la boca de todos sus hijos? ¿Ves hasta qué punto nos considera miserables? Nos supone gimiendo las consecuencias del pecado, y aun llorando amarguísicamente toda nuestra desventura: y tal es nuestra vida mientras los dias de nuestra peregrinacion en este mundo, porque todo es pena y pesar, todo es afliccion y angustia, todo es dolor y tormento, y todo es enfermedad y muerte. De tal suerte, la vida se hace pesada: que aquellos mismos que hacen profesion de amarla, acaban frecuentemente con el suicidio: y los buenos cristianos piden á Dios como el Santo Job, que los liberte de tanto padecer. Pero la pena de las penas, la duda que es sobre toda duda, es el temor acerca del último fin. ¿Me salvaré? Terrible duda que puede ser el origen de grandes bienes así como de inmensos males. ¡Ay de mí! Yo sé que he pecado, pero no sé si el Señor me ha perdonado el pecado: yo sé que me he confesado, pero no sé si mi confesion ha sido buena de modo que me haya restituido la gracia. He recibido los Santos Sacramentos, pero aun no sé si soy digno de amor ó de odio. Sé que hago buenas obras, pero ignoro si Dios las recibe y si me las premiará con eterna gloria, ó al

contrario, si son dignas de castigo. ¡Ah! con cuánta razón hemos de afirmar: *A Tí suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas.*

Esta incertidumbre nos humilla, y abate y anonada; pero feliz incertidumbre que nos hace celebrar las glorias de tan buena Madre. ¡Ah! suspira por María: gime por María, y por María llora de temor y de gozo. ¡Oh! ¡quién viese á María! ¡Quién la hablase y la poseyese! Es el modelo perfectísimo que todos debemos imitar: es una sola Virgen, pero Virgen que posee todas las virtudes y en grado el mas excelente. ¡Oh! ¡quién viese á María, quién la hablase y la poseyese! Es el prototipo del poder, es el estandarte de la fe, es el cimiento de la devoción y es la infatigable compañera en el ejercicio del ministerio. ¡Oh María! ¡Oh amor dulce de los corazones! *á Tí suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas.*

49. *Tenemos necesidad de su intercesion.*—El invocar á los santos para que ellos rueguen por nosotros, y nos alcancen de Dios cuanto necesitamos, es una cosa muy útil y muy santa, porque si en el mundo es una cosa utilísima la intercesion de los ministros para que alcancemos de los soberanos lo que hemos pedido, ¿qué diré de las incontables utilidades que reporta á los cristianos la invocacion de los santos? Y son tanto mayores, cuanto que en unos se pide lo de la tierra y en otros lo del cielo: en aquellos lo que puede ser útil, en estos lo que es absolutamente necesario: y en los primeros se pide á un hombre, al paso que en los segundos se hace la súplica á Dios.

Es una cosa muy santa, porque empleamos de mediadores á los santos que venera la Iglesia; porque solo pedimos cosas santas ó que pueden conducir á la santidad, y porque nos dirigimos al Santo de los santos. Esta cosa tan santa y tan útil, que el mismo Dios la estableció en la Escritura, queriendo apellidarse el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y concediendo mu-

chas cosas por la intercesion de los profetas y demas siervos suyos. ¿Y qué diremos tratándose de la intercesion de María? ¡Ah! Ella es tanto mas conforme, cuanto es para nosotros mas útil; es tanto mas útil, cuanto que es una cosa mas santa, y es tanto mas santa cuanto dirigimos nuestras súplicas á la Santísima Virgen María que es la Reina de todos los santos.

Por otra parte, aunque María no sea el único mediador de justicia entre Dios y los hombres, seria una impiedad el creer que Dios no se complace en ensalzar á su Madre: tanto mas cuanto que el primer milagro que hizo, vemos que lo hizo por las súplicas de su divina Madre; y esto que aun no habia llegado la hora de hacer los milagros. Ademas debe asegurarse de la manera mas absoluta que, nada desea tanto Jesus como los honores que damos á su Madre; honores que no solamente en nada oscurecen sus glorias, sino que al contrario, las hacen mas brillantes, porque la gloria del Hijo es la gloria de la Madre; y este Hijo es honrado segun la medida con que honramos á su Madre. A vista de esto, no dudemos afirmar que por los méritos de Jesucristo ha sido concedida á María tanta autoridad: que á la manera que Jesucristo es por justicia y naturaleza nuestro mediador para con su Padre celestial, así María es nuestra mediadora por gracia y privilegio delante de Jesucristo: y al modo que el Padre nada puede negar á su Hijo Unigénito, así este Hijo nada puede negar á su divina Madre. De lo dicho se sigue, que bien podemos apellidar á María la escala del paraíso, la puerta del cielo, la que nos libra del infierno, la que hace las paces entre Dios y los hombres, y la poderosa mediadora para que lleguemos seguros al puerto de salvacion.

50. *La intercesion de María nos es necesaria para salvarnos.*—Al decir que la intercesion de María es necesaria para

salvarnos, claro está que no queremos decir que sea absolutamente necesaria, pero sí afirmamos que lo es moralmente. No lo primero, porque solo Dios es el que nos puede salvar por sus propios méritos: pero sí lo segundo, porque esta necesidad nace de la misma voluntad de Dios que así lo quiere. Dios solo nos puede salvar, es cierto; pero Dios solo no quiere salvarnos, sino que ha puesto su gloria en salvarnos por medio de María. Dios quiere que todas las gracias que nos dispense pasen por la mano de su Madre: luego es voluntad de Dios que todo lo recibamos de ella, y que esperemos todos los auxilios de su poderosa intercesion: luego tenemos esta necesidad moral de la intercesion de María para salvarnos.

Esta verdad que es de los devotos de María, y de toda la Iglesia, nos la insinuó con toda claridad la Santa Escritura, cuando estando Jesucristo, Señor nuestro, pendiente de la cruz, dijo este á su Madre mirando á Juan y en él á todo el género humano: *Mujer, hé ahí á tu hijo.* Que es como si dijera: Madre mia, desde este momento te entrego por hijo al género humano: y á la manera que cuando falta el padre, la madre es la que administra los bienes; así desde este momento adopta por hijo á todo el género humano, trátalo como me has tratado á mí; cuidalo con los cuidados que de mí has tenido; y para que desempeñes bien tan grande cargo, mis gracias son tus gracias, mis méritos son tus méritos y mi voluntad será tu voluntad.

Mujer, hé ahí á tu hijo: no lo olvides ni por un momento, porque no puede participar de mi sangre sino por tu intercesion; ni el fruto de mi pasion sacrosanta se le aplica sino por tu medio; ni mis heridas que son manantiales de gracias fluirán sus arroyos sino por tu conducto. ¡Tanto es María para el pueblo cristiano! ¡Tanto necesitamos que ruegue por nosotros! ¡Y tal es la fuerza de esta expresion: *Mujer, hé ahí á tu hijo: hijo mío, hé ahí á tu Madre!* ¿Pero no es esto decir mucho de María?

¿No es al menos hablar hiperbólicamente? No, y mil veces no: y nada hay de exageracion en lo que decimos, porque siempre confesamos que solo Jesucristo es el que ruega por nosotros de justicia y por naturaleza: y de María solo afirmamos que Dios para exaltarla cuanto es dable, la eligió por su Madre, y á este fin hizo que fuese concebida sin la culpa original, la llenó de gracia y aun de la plenitud de las gracias, la juntó á sí cuanto es dable á una criatura, la bendijo entre todas las mujeres, y quiso ademas que todas las gracias que deben ser otorgadas á las almas, pasaran todas por su conducto, porque ella es su verdadera Madre: *Mujer, hé ahí á tu hijo.*

De todo lo dicho concluimos que Jesucristo es el único mediador de justicia, al paso que María es la única mediadora por gracia: Jesucristo nos alcanza lo que pedimos por sus propios méritos, María nos lo logra por los méritos de Jesucristo: en fin, Jesucristo nos lo da en fuerza de su poder omnipotente, y en fuerza de su poder omnipotente nos lo da María, segun la sentencia tan sabida de que puede por gracia y privilegio, lo que Dios por esencia y naturaleza. ¡Ah lector carísimo! tal es María: es nuestra intercesora: es la salud de los enfermos, el refugio de los pecadores, la redentora de los cautivos, el auxilio de los cristianos, y nuestra Reina y nuestra Madre, y nuestra esperanza y nuestra vida. ¿Y negaremos que para salvarnos tenemos una necesidad moral de su intercesion?

Yo creo que no hay devoto de María que pueda afirmarlo, ni decirlo, ni pensarlo; porque negar que esta sentencia tan honrosa á María, tan fundada en la Escritura y en el sentir de los santos; y sentencia que es en la práctica la de toda la Iglesia denota muy poca devocion á la que siendo Madre de Dios, es afortunadamente Madre nuestra. De nuestra parte digamos sin cesar y siempre con nuevo afecto: *á ti suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas.*

51. *Continúa el mismo asunto.*—Para probarte otra vez que tenemos de María una necesidad moral, de modo que sin su intercesion en favor nuestro no podemos salvarnos, basta considerar que está llena de gracia; y como no obstante el ángel le dijo que la halló, resulta que esta gracia, no puede ser otra que la que perdimos por el pecado, y la que necesitamos para no volver á pecar, y entrar un dia en la patria celestial. Por otra razon dice la Escritura, que *aquel que obrare en María y segun María no pecará y alcanzará ademas la vida eterna*: como si dijera, que en la devocion á María se encuentra el salir del pecado, la gracia de la amistad de Dios, y por fin la vida eterna, porque si Jesucristo llenó de gracias á María, fué para que su hijo, que es todo el género humano, recibiese por medio de ella como por un canal, cuantos bienes le sean concedidos.

¡Ah lector carísimo, cuánto te conviene el que seas devoto de María! Porque así como Holofernes para apoderarse de la ciudad de Betulia rompió el acueducto por donde entraba el agua á sus habitantes, así el infernal Holofernes procura impedir á los cristianos la devocion á la Santísima Virgen, segurísimo que con solo esto se apodera de sus almas, porque ya no podrán recibir el agua de la divina gracia. ¡Cuánto te conviene, pues, el que seas devoto de María! ¡Con qué afecto y devocion quiere el Señor que la honres! ¡Cómo quiere que acudas á ella de continuo! ¡Cómo anhela que confies en su proteccion todopoderosa! Como si dijera: *tén mucha devocion á María, porque siendo ella mi Madre quiero honrarla como á tal: ténla mucha devocion, porque la he enriquecido de todos los bienes con el fin de que tuviese todo cuanto necesitas: ténla mucha devocion, porque nada podrás alcanzar separado de su patrocinio: en una palabra, tén mucha devocion á María porque en ella y solo con ella hallarás la eterna gloria.*

¡Ay de aquel que no es devoto de María! porque á la manera que

antes de la redencion andaba la gracia tan limitada que eran muchos los que se perdian, y poquísimos los que se salvaban; así sucede todavia entre los cristianos, que no profesan tan santa devocion: y así como en la ley antigua ni uno se salvó sin la esperanza en Jesucristo que habia de venir; así entre los cristianos, no se salvará ni uno solo que no tenga la esperanza en María. ¡Oh María! ¡Oh amor dulce de los corazones! ¡Oh Virgen concebida sin la culpa original, rogad por nosotros que recurrimos á vos, y rogad con tanto mayor afecto, cuanto que os decimos de corazon: *á tí clamamos los desterrados hijos de Eva: á tí suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas.*

¡Qué gozo tendria yo, lector carísimo, si todos los dias rezaras el santísimo rosario! ¡Y qué gozo tendrías tú al apellidar á tu augusta Madre *Puerta del cielo!* ¡Oh qué verdad tan consoladora! ¡Y cuán gloriosa para esta Virgen pura! Porque así como todo decreto de gracias que despacha el rey, pasa por la puerta de su palacio; así no viene gracia alguna del cielo á la tierra que no pase por María. ¡Oh Madre mia! yo te amo, te adoro y te venero: dilectísima Madre mia, convengo en que no sois Dios, pero me complazco en decir que sois despues de Dios todas las cosas. Que si en Jesucristo está toda la gracia, en vos por gracia y privilegio está la misma plenitud de la gracia divina.

Y no debe esto admirarnos, porque al escogerla Jesucristo para que fuese su Madre dignísima, dióle cierta jurisdiccion sobre todas las gracias, porque al salir de su vientre, habia adquirido ya este decreto supremo: y por decirlo de una vez, porque desde que María es María, ninguna criatura ha recibido ninguna gracia que no haya pasado por sus divinas manos; porque á la manera que del centro del círculo ninguna línea puede salir de él que no pase por la circunferencia, así de Jesus que es el centro de todo bien, no puede salir ni una gracia sola que no pase por la mis-

tica circunferencia de María. Concluyamos que la doctrina que afirma que todas las gracias nos vienen por la mediacion de María, es una verdad ciertísima, porque el Señor ha puesto con sus manos toda la inmensidad de sus tesoros, y concluyamos que seremos eternamente felices, si somos sus perfectos devotos. ¡Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á vos.

CAPITULO XI.

EA, PUES, ABOGADA NUESTRA.

52. *Explicacion de la Salve.*—Con estas palabras: *Ea, pues abogada nuestra*, damos á la Santísima Virgen la mayor prueba de afecto, de amor y de confianza, supuesto que la apellidamos nuestra abogada. Con este título suponemos que tiene un corazon sumamente bondadoso en nuestro favor, y que está dispuesta á trabajar cuanto sea necesario para salvarnos. Con este carácter de abogada, la suponemos teniendo la llave de las divinas misericordias, y que es tan liberal, que nos hace aun mucho mas de lo que le pedimos.

¡Ah lector carísimo! Si María te protege, nada, absolutamente nada tienes que temer: no por parte de los demonios, porque es cien y cien veces mas poderosa que todos juntos: no por parte de los pecados, porque por su mediacion poderosa lograrás el perdon de todos; y ni siquiera por parte de Dios indignado porque protegiéndote María puedes esperar de ella todo bien. Hasta este punto es toda nuestra esperanza, nuestra vida, nuestra Reina, nuestro refugio y nuestra Madre. ¿Quién no se fiará de María? ¿Quién no verá en ella la poderosa abogada?

Aunque no somos capaces de conocer hasta qué punto ruega

por nosotros; pero siempre es verdad ciertísima que no nos pierde de vista, y mucho mehos en los peligros y aflicciones. Considérala en fuerza de su oficio de *abogada* tratando con el ángel del Señor sobre la reparacion del género humano; del mismo modo que Eva trató con el demonio nuestra perdicion: trata la salud que ha de venirle, y cuyas consecuencias durarán eternamente, al paso que Eva lo hizo sobre la enfermedad y la muerte. Considerémosla construyendo con arte inefable, del barro de nuestra carne, un templo que habia de ser habitacion de Dios; colocando, por un modo incomprensible, á Dios en la tierra y al hombre en el cielo, y mezclando con una razon inaudita á Dios y al hombre para formar al que llamamos Jesucristo.

¿Qué mayor *abogada* que aquella soberana Señora que nos dió á luz al mismo Abogado celestial? *Hágase, dijo, y el Verbo se hizo carne*: la esencia de Dios apareció bajo una forma humana: el Criador de las eternidades nació en el tiempo; el que todo lo hizo, él mismo fué engendrado, y el que es consustancial al Padre, hízose con dicha palabra consustancial á la Madre. ¿Quién mayor *abogada* que María? No es Jesucristo; pero hizo al mismo Jesucristo con su poderosa voz: *hágase, dijo Dios*, y el mundo salió de la nada: *hágase, dijo María*, y el Verbo se hizo carne; y este Verbo es el abogado que tenemos delante de nuestro Padre celestial. Podrá, pues, María no ser nuestra *abogada*? Sí lo es: y lo es de un modo tan poderoso, que alcanza de Jesucristo lo que Jesucristo logra de su Padre.

En México mismo hace algun tiempo que vivia una madre con dos hijas y una sobrina, y esta infeliz tanto se entregó á las cosas de la tierra, que se olvidó de las del cielo, y sus hijas siguieron tambien el mismo camino. La desgraciada sobrina se extravió de un modo el mas lastimoso, porque abandonando su casa se fué á vivir con una amiga. Durante dos años estuvo cometiendo todos los excesos de la lujuria; y esta infeliz, víctima